



# «Los españoles que ahora hablan mal de los portugueses son unos ignorantes»

«Unamuno fue un gran intelectual, pero también una persona sensible, humana e incluso irónica»

**B. Blanco García**

En pleno proceso de promoción de su última obra, «Por tierras de Portugal. Un viaje con Unamuno», el periodista zamorano Agustín Remesal revela una nueva imagen del que fuera rector de la Universidad de Salamanca, mucho menos rígida de la que apuntan sus biógrafos, y su conexión, personal y de ideario, con el país vecino.

—¿Cómo arranca este proyecto literario alrededor de la figura de Miguel de Unamuno?

—En mi época de corresponsal de Televisión Española en Lisboa leí un libro sobre una colección de artículos del propio Unamuno sobre sus viajes, tanto por Portugal como por España. Me atrajo por tratarse de una literatura de viajes muy particular, muy intelectual y documentada. Además, Unamuno tenía también la habilidad de ver de una manera singular el entorno de las cosas, más allá de la Historia o la Arquitectura. Me apasionó su estilo y me di cuenta además de que esta faceta había sido obviada y marginada por las biografías oficiales.

—¿En qué sentido?

—Los expertos resuelven los viajes de Unamuno a Portugal con apenas dos o tres líneas, pero cuando comencé a leer sus manuscritos me di cuenta de que este asunto iba mucho más allá, había mucha carne dentro, muchas situaciones notables que influyeron en su propia trayectoria personal, tanto política como intelectual y poética. Me puse manos a la obra, indagando en archivos y bibliotecas.

—¿Encontró alguna joya en sus investigaciones?

—Me di cuenta de que tenía que escribir un libro cuando vi unos legajos que se habían movido poco en la Casa Museo de Unamuno, dirigida por la zamorana Ana Chaguaceda. Encontré trozos de manuscritos en octava, que se convirtieron en la fuente más primigenia del libro. Eran notas que había tomado durante sus viajes a Portugal, apuntes a vuela pluma, escritos durante sus trayectos en tren o calea. Algunas ideas ya las había utilizado, pero un 40% estaban vírgenes, eran puro Unamuno y ahí hincó el diente.

—¿Qué es lo que más le atrajo de esta figura?

—Yo leí a Unamuno cuando tenía 16 años, estudiando Filosofía en Valladolid. En aquella época se leían sus poesías trágicas, el sentimiento trágico de la vida, la tragedia de sus novelas y su paradoja. Tuve un gran paréntesis de ausencia hasta que llegué a Portugal y lo recuperé de nuevo. Ahí me di cuenta de que todo lo que tenía de grandeza era él mismo, más que su literatura, su poesía o sus ensayos y artículos periodísticos. El personaje era grande en sí: contradictorio, paradójico y provocador. Me di cuenta también de que no era tan trágico como se le ha presentado siempre. Existe un Unamuno íntimo y sensible, irónico incluso, al que apenas

se le conoce, porque sus biógrafos solo han dado esa imagen de gran intelectual, de maestro, de catedrático y rector de Salamanca que iba sembrando grandes ideas. Creo que una de las tragedias de Unamuno son sus discípulos, porque han dado de él una idea demasiado sobria, al ser tan adoradores de su imagen. Y era una persona muy humana; ahí es donde yo he ido y en este libro se desarrolla ese aspecto en Portugal. Para mí es un intelectual como la copa de un pino, pero también sensible, humano, irónico.

—¿Cómo ha cambiado Portugal desde la época de Unamuno hasta la actualidad?

—¿Qué es lo que más puede sorprender al lector que se adentre en el libro?

—La verdad de que Unamuno hizo más de 20 viajes a Portugal, aunque sus biógrafos solo hablan de dos o tres. En este sentido, a mitad del libro me di cuenta de que la gente iba a pensar que me lo estaba inventando todo, porque es muy novelesco, aunque basado en hechos totalmente documentados, con datos y personajes reales. Por eso vi la necesidad de hacer un prólogo, aunque no me gustan, sobre todo desde que Saramago me dijo que un libro que necesita un prólogo no era una buena obra. De hecho, opté finalmente por un epílogo, aunque novelado, como si el mismo Unamuno lo escribiera. Y ahí se explica la verdad de esta novela de viaje.

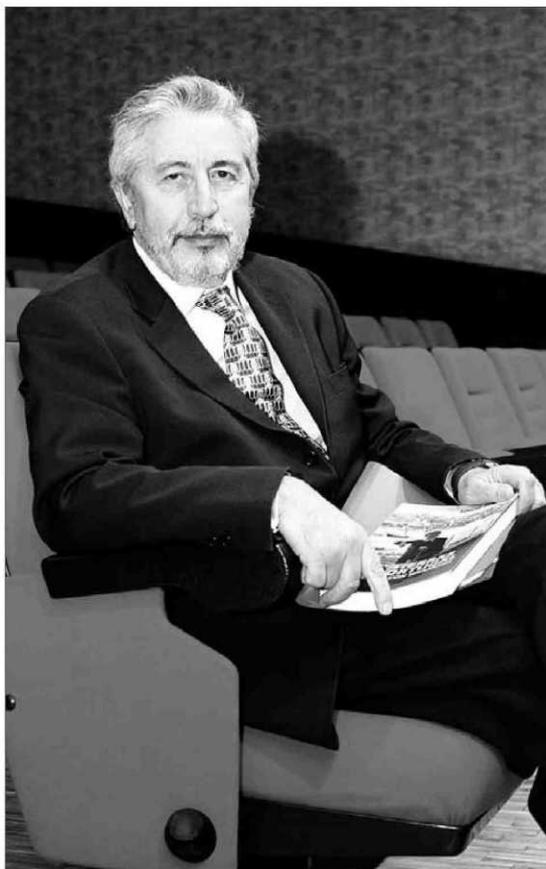


FOTO JAVIER DE LA FUENTE

**Agustín Remesal, con su último libro.**

—Hoy en día Portugal es un país moderno, mientras que Unamuno encontró un Portugal pobre, rural, mísero e incluso bronco y políticamente retrasado al principio. Para España además era absolutamente desconocido. Esto ha cambiado completamente, ahora hay una homología económica social con una continuidad europea totalmente perfecta. Pero hay dos cosas que no han cambiado. Por un lado, el paisaje humano, es

decir, los portugueses siguen siendo igual de «saudosos» (nostálgicos), de amantes del suicidio, como han hecho recientemente con la Troika. Tampoco ha cambiado el paisaje físico, el urbano. Es el mismo que se encontró Unamuno. De hecho, yo pude ver todo lo que él observó repitiendo sus pasos en sus viajes al país vecino. Allí permanece arquitectura que en Salamanca o Zamora habría desaparecido ya, pero los portugueses mantienen

## «El proceso de este libro me ha hecho descubrir un mundo totalmente desconocido»

—¿Es complicado sacar adelante un libro tan especial?

—Para nada, yo he disfrutado escribiendo este libro, desde el proceso de investigación hasta las últimas visitas que he realizado esta semana a los libros. Con todo el proceso estoy descubriendo un mundo totalmente desconocido. Ahora estoy viendo cómo es todo el proceso desde abajo. No hay que ser valiente, porque además, como decía hace unos días el escritor Jesús Ferrero en este mismo diario, el papel va a encontrando su espacio y corroboro sus palabras.

—¿Habrá nuevas obras de Remesal?

—Tengo varios proyectos en marcha y además creo que hay muchas probabilidades de que tampoco este será el último sobre la figura de Unamuno.

la misma estructura urbana. Unamuno ahora no se perdería por sus calles si regresara.

—A España, ¿la reconocería?

—Físicamente mucho menos, hemos pegado un trote importante a nuestro patrimonio arquitectónico en las ciudades. La trama urbana, sobre todo de las pequeñas localidades, ha cambiado muchísimo.

—¿Y en el plano social y político?

—Cuando Unamuno conoció más Portugal fue en la primera década del siglo XX, la época de la gran revolución republicana. De hecho, junto con los franceses e ingleses son los únicos que terminaron con sus respectivas monarquías. Unamuno llegó a Portugal en plena efervescencia de un republicanismo durísimo, porque en España estaba más politizado. Él no es que tomara las riendas de un antimonarquismo, porque le daba un poco igual el sistema, pero lo que verdaderamente odiaba era al mal rey, tanto el de Portugal cuando estuvo allí como el de España. Aquí tuvo sus primeros enfrentamientos con Alfonso XIII siendo rector de Salamanca, aunque institucionalmente era muy educado. Luego empezó a escribir contra el rey y su desidia, sus ansias estúpidas. La dictadura de Primo de Rivera provocó la ruptura total. Políticamente, esa inquina al rey la mamó en Portugal, eso es lo que más le influyó políticamente, como persona nefasta que no gestiona bien, que es egoísta, que malgasta, que desprecia. De hecho, sus argumentos en los artículos que escribía le valieron el exilio.

—¿Cómo se expresa en este libro el iberismo de Unamuno?

—Siempre se piensa en el iberismo como un proyecto político tardío que nos llevaría a la unión de los dos países ibéricos. Como Unamuno, a mí también me parece que el iberismo es una idea de conjunción, pero no política, sino un proceso de convergencia, sobre todo de sociedades y cultura. Unamuno no era un iberista político, sino romántico y cultural. Él defendía que eran dos culturas convergentes que nacían del mismo tronco y con un desarrollo paralelo perfectamente estable.

—¿En qué punto se encuentra ahora esta conexión cultural?

—Es un proceso que va avanzando muchísimo, sobre todo con el mutuo conocimiento. La gente va perdiendo esa especie de prejuicios permanentes y seculares y van cayendo poco a poco. Es un proceso de largo alcance, pero ya se nota. Por ejemplo, los españoles que ahora hablan mal de los portugueses son tratados como gente ignorante, el resto les desprecia. Pero hace treinta años ese era un pensamiento común. De hecho, la entrada en la Unión Europea juntos fue definitiva para este proceso.

—¿Qué relación tenía Unamuno con Zamora?

—Vino innumerables veces, aun que la mayoría de ellas no están registradas. Solía venir a visitarla con amigos vascos o ilustres catedráticos americanos o europeos y con ellos hacía recorridos, visitando rincones como el monasterio de Moreruela, San Pedro de la Nave o Toro. Pero también venía a ver a algún amigo, escapando de su amada Salamanca para desconectar y descartar sus preocupaciones.